

## El dedo índice de mi mano izquierda

Luis Miguel Morales Peinado

# El dedo índice de mi mano izquierda

...desperté con esa sensación que te obliga a hacer cosas minutos te hubieses arrepentido de haberlo. Acercó la yema del dedo a la sien, y disparé. Ant proyectil llegase a su destino el dedo se arrojó, se cerrase contra la palma de la mano y me dejó una de pólvora sobre ella. Lavé las manos con jabón u y me refresqué la cara. Ya me había arrepentida y mi dedo había pensado por mí. Había pasado por comprendi. Un dedo (sea el que sea, de las manos siempre hace lo que tu cerebro le ordena. Y no sue de pólvora...

# Capítulo 1

## **El dedo índice de mi mano izquierda**

Luis Miguel Morales Peinado

...

Conocía todas las respuestas, aunque nadie le preguntó nunca. Ni él mismo.

...

Era muy coqueta. Pintó sus ojos con la raya más perfecta de su vida; esa noche tenía una cita muy importante. Con su fui.

**I**

El dedo índice de la mano izquierda no me hace ni caso. Lo comprobé esta mañana al levantarme. Como uno más de los días que cuesta entender que lo que acabas de vivir no era vida sino sueño, desperté con esa sensación que te obliga a hacer algo que en cinco minutos te hubieses arrepentido de haberlo realizado. Acerqué la yema del dedo a la sien, y disparé. Antes de que el proyectil llegase a su destino el dedo se arrugó, se contrajo hasta cerrarse contra la palma de la mano y me dejó una mínima señal de pólvora sobre ella. Lavé las manos con jabón un par de veces y me refresqué la cara. Ya me había arrepentido y di gracias a que mi dedo había pensado por mí. Había pensado por mí. No lo comprendí. Un dedo (sea el que sea, de las manos o de los pies) siempre hace lo que tu cerebro le ordena. Y no suele dejar rastro de pólvora. Al menos eso era lo que me había ocurrido siempre.

Mientras preparaba la cafetera y calentaba la leche en el microondas lo observaba. No hubo síntoma alguno de comportamiento díscolo por parte de él. Desayuné y me preparé para escribir unas líneas de mi libro: el respaldo recto, arropada la espalda y las muñecas sobre el escritorio, ligeramente arqueadas para permitir a los dedos trabajar con facilidad sobre el teclado. Sobre el documento en blanco las palabras se atropellaron, sin sentido, al menos sin el sentido que yo quería dar. Era mi mano izquierda la que corría sobre las teclas liderada por el dedo índice. Pude detenerla, no sé cómo, pero lo logré. Pareció dejarse sin rechistar. Esperé unos instantes y, después de observarla, pensé en continuar con la mano derecha, aunque desistí rápido de la idea: nunca me fie mucho de mi lado derecho. Apagué el ordenador y decidí que si salía a dar un paseo a la calle se me pasaría. Porque se tendría que pasar, no era posible que una parte tan discreta del cuerpo (el dedo índice) se adueñase de mi voluntad. Oprimí con él el botón del ascensor, no me dejó otra opción, y salí a la calle, no sin antes esconderle, junto a los demás dedos y toda la mano, en el bolsillo del pantalón. No duró mucho tiempo ahí, dos pasos más allá del portal señaló al árbol en el que un hombre que vestía un chándal (de un color chillón horrible, por cierto) orinaba sobre su tronco. A ese hombre lo llevaba sujeto con una correa un pastor alemán precioso. Cerré y abrí los ojos varias veces. No desaparecieron hasta que conseguí que mi mano volviese al bolsillo. Os puedo decir que me asusté mucho. No comprendía nada. Decidí volver a casa y descansar un rato; el mal sueño que, presentía, tuve antes de despertar debió de causarme ese sinsentido en el que me encontraba.

Ahora estoy más tranquilo, no ha vuelto a dar señales de vida. Dormí un rato, comí, estuve viendo un poco la tele hasta que me quedé transpuesto y, después de un buen café, me situé de nuevo delante del ordenador. Pienso pasarme la tarde escribiendo, mañana volveré a despertar y me olvidaré de las tonterías que me han ocurrido hoy. Un dedo... cómo va a tener vida propia un dedo...

## **Aquella mujer**

Me enamoré de aquella chica, sí, fue un instante, sus ojos, la camiseta de color... No, la camiseta no pudo ser porque no me acuerdo del color... Me enamoré. Estuve a punto de seguirla, de subir tras ella las escaleras mecánicas, de preguntar si quería que llevase la maleta y pidiese el taxi... Pero no hice nada (yo no era de esos), seguí contemplando, apoyadas las manos sobre la barra metálica, a la gente que acercaba hacia mí la pasarela mecánica. No era la primera de la que me enamoraba

fugazmente después de tantos años parado ahí, en el inmenso vestíbulo, con la mirada fija en ellos, en esa puerta transparente que se abría y se cerraba de continuo, que me descubría a la familia que llegaba contenta de su viaje (aunque se hubiese acabado), al ejecutivo con la corbata a medio anudar y que con una mano arrastraba el maletín y con la otra mantenía el móvil pegado a la oreja, o a la joven que había dejado sobre la arena de la playa su piel blanca. Después, los abrazos, los besos, las risas del reencuentro con los que hasta hace un momento eran compañeros de espera. Aunque... yo no esperaba, yo vivía. Sí, sus vidas, porque ninguna era mía, algo que ya no tenía la menor importancia para mí, qué más me daba no conocer a ninguno, no abrazarlos, no intercambiar ningún beso. Todas esas bienvenidas eran también mías, no me podían despojar de ellas. Tantos años. Además... ¿con quién?

De siete a nueve de la tarde. Ese era mi horario. Viernes, sábado y domingo. Los demás días de la semana no existían. Ahí estaba yo ese domingo, serían las ocho y media, ya un poco cansado y con ganas de volver a casa, de tomar fuerzas durante la semana para el siguiente viernes. Los dos chavales (parecían demasiado jóvenes), sus tres maletas y el carro del niño (con el niño dentro). No les recibió nadie. El señor en silla de ruedas acompañado por un empleado de la empresa (o un voluntario, no sé) que le llevaba la maleta y empujaba la silla; parecía su hijo el que le recogió, a mi lado. La mujer (no sabría decir su edad; eso sí, guapa, muy guapa) que levantaba su brazo derecho y agitaba la mano y sonreía. ¿Me sonreía? Miré a mi derecha y a mi izquierda y vi que no había nadie cerca. El señor de la silla de ruedas ya se fue con su hijo... Se acercaba y seguía sonriendo (¿me?). Derecha e izquierda, detrás; nadie. Qué labios. Sus pechos se apretaron contra mí y sus manos acariciaron mi nuca: Hola, te he echado mucho de menos. Me dijo que me había echado mucho de menos. Le dije que yo también, por supuesto, y que la espera había sido eterna. Me dijo que no volvería nunca a separarse de mí y yo contesté que nunca iba a volver a ocurrir. De nuevo busqué sus labios y esta vez los recordé como si hubiese estado unido a ellos toda la vida. Aproveché para acunarme de nuevo en sus pechos. Rodé la maleta (su maleta) y nos dirigimos a la escalera mecánica con las manos apretadas la una a la otra. Entramos en el taxi y no paramos de besarnos hasta que llegamos a mi apartamento. El taxista me dio el cambio y unas palabras que me sonaron a reprobación (o quizá a envidia). Follamos, sí, follamos casi toda la noche. Me desperté antes que ella y me recreé en su espalda cercada por las sábanas. Ya entraba la luz en la alcoba. Preparé los cafés (descafeinados) y esperé en la cocina a que se levantase. Cuatro magdalenas y cuatro rebanadas de pan tostado, un bote de mermelada de naranja amarga y dos zumos de limón. Cómo te acuerdas de mi desayuno. De nuestros desayunos, contesté. Se abrochó la bata y comimos. Magdalena, beso, rebanada, beso. Con sabor a naranja amarga (dulce). Nos vestimos y salimos a pasear por las calles del barrio. Todo está igual (me dijo). Sí, todo continúa igual. ¿Quieres que nos acerquemos al parque? Ella fue la que me llevó. Todas las mañanas (hasta ese día)

salía a correr por él con mis deportivas y mi camiseta y pantalón corto. Solo. Nunca paseé con ella por ese parque. ¿Y qué? Borré todo pensamiento inoportuno y hablamos; me dijo que todas las mañanas me he acordado de estos (nuestros) paseos por el parque (nuestro), iqué ganas tenía de volver! Le dije que yo también, que no había vuelto por el parque porque no hubiese podido hacerlo sin ella a mi lado. Nos dijimos muchas cosas, muchas, y todas muy cursis. Así debía ser. Paseamos.

Eran las siete de la tarde del domingo, tres semanas más tarde. Salió de la habitación con la maleta. Se desnudó y follamos sobre el sillón. Fue muy rápido. A las siete y media nos montamos en un taxi. A las ocho menos cuarto llegamos a la estación. Yo le dije que nunca había ido al vestíbulo de salidas, que me resultaban muy tristes las despedidas. Nos besamos y nos abrazamos (sus pechos) y la vi marchar hacia la puerta de entrada. Se perdió tras ella. Yo fui hacia el vestíbulo de llegadas y agarré con fuerza la fría barra metálica. Eran casi las ocho. Aún disponía de una hora larga. Suspiré. Y vi abrirse la puerta transparente.

## **Acuario**

Las gotas comenzaron a caer sobre el parqué, a un ritmo lento, como el niño que llora para reclamar las miradas que no tiene. Fuera, en la calle, la lluvia casi ocultaba los edificios del otro lado de la avenida. Contemplé el techo, la mancha de humedad avanzaba hacia la pared más deprisa. Hipnotizado. Así estuve un tiempo, hasta que noté la humedad en mis pies. La humedad y la nueva piel que empezaba a crecer entre mis dedos hasta unirlos por completo. Descalzo, chapoteé sobre el suelo de la habitación, inundado. Me acerqué a la puerta y comprobé que el líquido sobrepasaba el cerco; la cerré y cubrí sus rendijas con la ropa que colgaba de la percha. El agua me llegaba a las rodillas. Más tarde a la cintura. Los dedos de mis manos también se unieron con una nueva piel que creció en unos segundos. Me desnudé y di dos brazadas, hasta que topé con el secreter. El agua alcanzó mi cuello. En un instante el pánico se apoderó de mí, ¡me ahogaría! ¡Cómo no lo había pensado antes! Nadé hasta la ventana e intenté abrirla. Los nervios no me lo permitieron. Los chorros que caían del techo anegaron la habitación. Me abandoné. Hasta que sentí la respiración. A un lado y a otro de la cabeza, en el lugar donde antes tenía las orejas, aparecieron unas branquias. Soy feliz, siempre quise ser tiburón. Me están empezando a crecer los colmillos.

## **Otro punto de vista**

De nuevo aquí. Lo oigo. Han pasado once meses. Otra vez los villancicos, las risas, los llantos, la fiesta. La felicidad por decreto; aunque este año, por lo que les he oído, va a ser más complicado cumplirlo. Pedrito (qué ganas tengo de que, por fin, le llamen Pedro) no parará de dar vueltas alrededor del belén, colocará aquí y allá. Bueno, mejor dicho, nos descolocará...

Sí, oigo cómo gira el pomo de la puerta.

Y el árbol apagará y encenderá sus luces; ahora serán de esas... ¿cómo se llaman? De led, creo... Y le rodearán menos paquetes la noche de Reyes. Acaba de abrirla. Ya, ni Dios me salva; por más que intente esconderme debajo de todas ellas. Sus pasos se acercan. Espero que, por lo menos, hoy me toque más cerca del portal.

Ya está aquí; ha abierto la puerta del armario. Disfrutaré de mis últimos instantes de oscuridad antes de que levante la tapa. Qué bien se está en este rinconcito de la caja de zapatos, acurrucado entre los papelillos de paja. ¡La luz! Cerraré los ojos... En fin, todo sea por realizar una buena labor en estas fechas.

¡Hola, Pedrito!

## **atsiv ed otnup ortO**

Ahí seguirán, pobres. Qué aburrido debe de ser estar más de once meses guardado en una caja de zapatos. A mí me daría mucho miedo. Y me asfixiaría. Tengo que decir a mis padres que por qué no lo dejamos puesto todo el año. Quitamos el portal, el río, el musgo, el puente... Total, ¿qué problema hay? Las dejamos a todas en un lado del cristal, juntas. ¿No tenemos las figuritas esas que nos traen los tíos todos los años de los países a los que van de vacaciones? Anda que no son feas algunas. Y ahí están. ¿Y las fotos de los primos? No pueden decirme que no. Además, yo me encargaré de limpiarlo una vez a la semana. La sacaré con cuidado, no vaya a ser que rompa alguna. Ya está. Voy a quitar la tapa, que les dé el aire cuanto antes. Ya. No os preocupéis, que este va a ser el último año que os guarde en el armario. Ya veréis. Je, je. Si pudiesen hablar estarían ahora mismo todas dándome las gracias. Pobres.

## **Aniversario**

Soy un difunto. Hoy hace justo un año que soy un difunto. No os voy a relatar cómo fue mi muerte, no viene a cuento. Solo quiero que sepáis lo que de verdad os interesa conocer para cuando lleguéis adonde estoy yo. Al menos eso era lo que me inquietaba a mí y pienso que será vuestra mayor preocupación.

No hagáis caso de las patrañas que se inventan los que se llaman médiums, ni de las fantasías redentoras de vuestras religiones, es todo mentira lo que dicen, aquí no ocurre nada de lo que os quieren dar por cierto. Porque aquí no ocurre nada, nada, no existen los espíritus, aquí no hay nadie. En este año que llevo muerto no he conocido a nadie, ni a ningún Dios, ni a ningún Demonio, ni me ha recibido ningún San Pedro, ni he estado en el purgatorio, ni he vuelto a abrazar a mis seres queridos que habían muerto antes que yo. Nada de nada. Ni sé si estoy en la oscuridad o en la claridad infinita, no siento nada, no veo nada, ni os veo a vosotros ahí, ¿abajo? Ni puedo defenderos de los peligros que os acechan de continuo en vuestro mundo. Las flores que, seguro, dejáis sobre mi tumba, nunca las he olido. Las lágrimas que derramáis sobre ella nunca me han mojado. Sé que lo que os digo os causará desasosiego, pero creo que es mejor que lo sepáis, que no sigáis engañados, esperanzados en una nueva vida más allá.

Ya solo me queda despedirme de vosotros para siempre, no merece la pena agobiaros con mis cuitas, seguid vuestro camino, al fin y al cabo comprendo que no creáis nada de lo que acabo de escribiros, ni yo mismo lo hago. Ya os lo he dicho, no existen los espíritus.

## **Bendita cruz**

Sus húmedos

labios trazan

esa sonrisa vertical que llama a la locura.

Aguardan a los de él

que, vagando

por la febril

piel del pubis,

van a

su encuentro.

Horizontales.

## **Psicoanálisis**

Hará un par de horas que comencé con mi autopsia. La primera incisión, con ese humo espeso y negro que salió de los pulmones, casi me obliga a desistir. Más tarde, cuando se disipó, encontré junto al hígado algo así como una onza de chocolate, casi puro (eso sí), noventa por ciento de cacao. Entre la quinta y la sexta vértebras me pareció ver algún famoso; los flashes me cegaron y me resultó imposible averiguar de quién podría tratarse antes de que desapareciese tras el cartílago. Al llegar al corazón comprobé que lo tenía agujereado por completo (lógico), aunque solo apareció una flecha cerca de él; las demás las localicé bastante más abajo, apiñadas en el interior de la próstata. Lo de mi ex en el estómago, me lo temía: hace noches que me acuesto con ardor.

No tengo duda de que lograré averiguar las causas exactas de mi fallecimiento, pero ahora me siento muy cansado y empiezo a oler un poco mal, prefiero guardarme en el frigorífico. Mañana continúo.

## **Círculo**



Un círculo

perfecto. Lo sintió crecer.

Cuando sus espaldas no soportaron el  
peso, con esfuerzo, consiguió que rodase

hacia el suelo. Paró justo delante de

sus pies, en el renglón que

le tocaba vivir.

Lo esquivó y se dejó caer al siguiente párrafo para comenzar de nuevo.

### **138°**

Se escapa

harto de perder los versos

celoso de ti

de tus iris.

Se marcha tras las nubes

con ellas.

En el camino empapa

de sus llantos

los campos.

Tan solo el violeta

parece dudar un instante

sobre aquel cerro

hasta volver contigo.

Una mañana de tormenta lo vi

escondido entre las nubes

desnudo

buscándote para no encontrarte.

Te asomaste a la ventana.

Nunca regresó.

### **De repente**

Y, de repente, un día, encuentras la piedra que llevas en el zapato toda la vida. La localizas, justo debajo del dedo meñique que encoges para intentar que no vuelva a desaparecer. Hoy has tenido una gran idea, no te has puesto los calcetines, querías localizarla a toda costa antes de que se te escondiese en alguno de los dos zapatos, porque tú sabes que siempre está ahí, aunque no la sientas, aunque unas veces aparezca en el izquierdo y otras en el derecho. Siempre. Cuando más confiado estás, se te clava, te dice que aún continúa ahí, contigo. Hoy no te has puesto los calcetines para sorprenderla, para apresarla. Y lo has conseguido. Te sientas sobre la cama, te descalzas, colocas el pie sobre tu rodilla y la ves. Haces una pinza con dos dedos de la mano y la atrapas entre sus yemas. La miras. Una piedra. Te das cuenta de que no es tan grande como pensabas, de un color que no te paras a reconocer, cuadrada. La colocas cuidadosamente sobre la colcha y te levantas. Con un pie calzado y el otro no. La vuelves a coger y te diriges, con ese cojeo forzado, al zapatero. Sobre él, la dejas. La miras de nuevo. Crees reconocer en ella al capullo que te hacía la vida imposible de pequeño, en el colegio, a la rutina que te obliga a levantarte todos los días jurando que mañana no vas a ir a trabajar, que hoy es la última mañana que despiertas a tu sueño con esos señores que no hacen más que joderte con sus charlas en la radio, a la tos que te machaca hasta que sorbes las primeras gotas de café, al coche que te está esperando en el garaje para llevarte a ese asfalto que él necesita y que tú aborreces. Por fin. Te sientes liberado. Te quitas el otro zapato y te pones los calcetines. Te vuelves a calzar. Das dos, tres, cuatro pasos.

Recorres el pasillo un par de veces. Sí. Eres libre. Hoy vas a ir caminando al trabajo, vas a llegar y le vas a decir al jefe que la piedra la has dejado en tu dormitorio, sobre el zapatero, que te prepare el finiquito, que vas a perder su "careto" de vista. No, mejor eso no se lo dices hasta que tengas el cheque en la mano. Vas a pasear todo el día por la ciudad, con el coche en el garaje, quieto, abandonado. Abres la puerta y llamas al ascensor. Sales a la calle y te parece flotar sobre la acera. Doblas la esquina y te paras un momento a contemplar la avenida. Y, de repente, el vacío, el hueco en tu zapato. La piedra. No está, la echas de menos, la necesitas. Te vuelves, corres, abres el portal de tu casa y casi atropellas al vecino del segundo sin decirle un "perdón", subes los peldaños de dos en dos, la llave, no encuentras la llave en tu bolsillo, sí, abres la puerta, la estampas contra la pared del pasillo, te lanzas a por ella, sobre el zapatero, de una patada arrojas el zapato sobre la cama, tiras el calcetín al suelo y escondes la piedra debajo del dedo meñique, la aprietas, que no se caiga. Inhalas todo el aire que te permiten los pulmones y caes sobre la cama, boca arriba, con el techo de testigo. Exhalas. Te incorporas hasta sentarte. Recoges el calcetín y lo arrastras despacio sobre la piel, para que no se caiga la piedra. La sientes, resguardada. Te estiras hasta el zapato que está casi sobre la almohada. Te lo pones. Te levantas. La sientes. Sales de tu casa más tranquilo, cierras la puerta despacio, llamas al ascensor y marcas sobre el botón del segundo sótano, el del garaje. Te acomodas sobre el asiento y giras la llave de contacto. Mientras se abre el portón escuchas el ruido del motor. Plantas el pie sobre el pedal y la sientes. Aceleras.

### **En defensa propia**

Siempre insultándome. Lo entiendo. Quizá si yo estuviese en vuestro lugar haría lo mismo, aunque ahora es tiempo de defenderme: no siempre habéis sido portadores de la razón. Sí, reconozco que, en muchas ocasiones, os lo he puesto muy sencillo. Ahí estabais frente a mí, no me dejabais otra elección, o vuestro entretenimiento o mi muerte. Y, comprendedlo, antes que nada está la vida. Yo también tengo que aguantarlos, ¿qué os pensáis? No es nada agradable sentirme reventar por culpa de sus chillidos, de sus ofensas, de sus palabras repletas de ignorancia escupidas a la cara del otro. No es fácil, no. Pero vosotros lo pedís, esperáis nerviosos la hora del comienzo, os rebullís entre las tapicerías y escucháis, y miráis, y reís, y a veces hasta lloráis con ellos. Vosotros sois los culpables, vosotros, aunque luego acalléis vuestras

conciencias despreciándome.

Sí, siempre me insultáis, siempre me llamáis tonta, la caja tonta.

### **El banco de madera**

Fue así como comenzó. Cada mañana cruzaba la avenida para llegar a mi casa y, al plantar un pie sobre la acera, los miraba de reojo. Allí estaban. Al principio fueron dos hombres; luego tres hombres y dos mujeres. Finalmente dejé de contarlos. Sentados, de pie, paseando. También un perro. Varios perros. Todos alrededor del banco de madera. A la una abrían el comedor social del Convento de las Misioneras.

Construyeron más comedores sociales y el Ayuntamiento los rodeó de bancos de madera. Y la gente se arremolinaba. Las casas se iban quedando vacías, en poder de los bancos, de los otros, de los que no eran de madera. Y los bancos de madera ampliaron su capacidad con cartones a un lado y al otro. De día y de noche. A todas horas. Llenos. Apenas quedaban casas habitadas. Y se fijaron en ellos.

Ese día llegaron aquellos señores trajeados, los de las agencias inmobiliarias, los de los bancos que no eran de madera. Con sus carteles: "SE VENDE BANCO DE MADERA MUY BIEN SITUADO, A MENOS DE 10 METROS DEL COMEDOR SOCIAL. NOSOTROS NEGOCIAMOS POR USTED LA HIPOTECA".

Firmamos los préstamos, las hipotecas que, a 60 años, nos daban la oportunidad de, al menos, tener un sitio donde descansar. Yo tampoco tenía casa ya. Compramos los bancos de madera. Nos hipotecaron los bancos de madera. No pudimos pagar y vinieron a por nosotros. Nos desahuciaron.

Así fue como volvimos a ocupar las casas que se habían quedado vacías. Ahora, aunque fundan el timbre, no les abrimos la puerta.

### **Despiste letal**

-iAcelera! iAcelera!

Con su propia voz aún retumbando en la cabeza, pisó el pedal a tope y dio un volantazo hacia la izquierda. Esas calles las conocía muy bien, dos cruces más y llegaría a su destino. Sin embargo, en el último instante, se percató de que estaba circulando por la vía equivocada, un camino sin salida. Ya era imposible frenar, el muro se le echaba encima. Agarró con fuerza el volante y cerró los ojos esperando el final.

-¡No! ¡Maldita máquina, cada vez duran menos las partidas!

### **Banquete**

Dio otro bocado antes de colocar el brazo del explorador fuera de la gran olla; a su alrededor los indígenas cantaban y saltaban en macabros círculos mientras uno de ellos azuzaba el fuego. El humo se alzaba sobre la cabeza del pobre individuo. Después de otro mordisco, comenzó a dibujarle una horrible expresión en el rostro; fue cuando dejó el bocadillo y el lápiz sobre la mesa de trabajo y se levantó para ir a la nevera a por otro refresco.

### **El corazón de las tinieblas**

¡Ah, el horror! ¡El horror! Fueron sus últimas palabras a bordo del vapor. Allí estaba yo para oírlo, dejándonos llevar por ese río de otro mundo, entre esa niebla pesada, indestructible, rodeados de amuletos, miedos, aullidos, marfil, supersticiones, dioses, caníbales, rodeados por otra civilización, la no civilización, de la que ese gran hombre que acababa de expirar se había adueñado durante años y había aniquilado. ¿El paraíso? Llegó y como un dios más manejó a sus habitantes y, finalmente, como un dios más, lo destruyó. ¡Ah, el horror! ¡El horror!

## **El lector**

La yema de su dedo índice recorre las dos últimas páginas del libro que reposa sobre la mesa. Pasea por las palabras, por las comas, por los puntos y seguido, por los puntos y aparte. Llega al punto y final y acerca el dedo, con la yema totalmente ennegrecida, a la comisura de los labios que, apenas separados, lo engullen. Hojea las páginas ahora vacías del libro y recuesta su espalda sobre la silla. Su lengua comienza a jugar con el dedo aprisionado y la barbilla cae mansamente sobre su pecho, ensimismado.

## **El diccionario**

-Te doy un año de plazo para que estrujes tu preciosa cabecita y me traigas debajo del brazo algo digno. En caso contrario, vete buscando un trabajo bien remunerado. Hasta la vista, Enrique.

Mi editor es un buen tipo, pero la delicadeza no está entre sus encantos. No le faltaba razón, habían pasado veintiocho largos y estériles meses sin que mi primer libro tuviese un heredero. En el camino a casa intenté hacer caso a mi jefe, y lo primero que me vino a la mente fueron recuerdos de mi infancia. Solía jugar con un diccionario de esos de toda la vida, pesado, viejo, con muchísimas palabras que yo ni imaginaba pudiesen servir para algo más que para intentar aprobar la asignatura de Lengua Española. Abría el libro por cualquier parte, al azar, y contaba trece definiciones, siempre empezando por la primera de la página de la derecha, en la decimocuarta me paraba, ELEGANCIA. Durante el mayor tiempo posible debía seguir mi vida acorde con su significado. Si me salían palabras cuya definición fuese irrealizable continuaba hasta dar con una apropiada. Lo normal es que a las dos horas, incluso antes, me olvidase de mi obligación, aunque muy a menudo iba en busca del diccionario y volvía a repetir suerte.

Llegué a mi apartamento. En aquel momento hubiese jurado que el segundo tomo de la última edición del diccionario de la Lengua Española de la Real Academia lo dejé en su hueco de la estantería, pero no, lo encontré abierto sobre mi escritorio y con la página 1349 llamándome, conté hasta catorce y ahí estaba: MELANCOLÍA.

Ahora, quince meses después, firmo ejemplares de mi best seller en esta caseta de la Feria del Libro.

### **El mando**

La postura perfecta: su espalda hundida con el respaldo del sofá. Cierra los ojos mientras su mano pregunta dónde está el mando a distancia. Siente a la felicidad de paseo por todo su cuerpo. Se sobresalta: una inoportuna gota acaba de escurrirse del árbol y va a parar a su entrecejo. Se acomoda de nuevo sobre los cartones, y pulsa el botón.

### **Engaño**

El vello del pubis, rociado de gotas, envuelve su sexo como pañuelo de seda y pedrería. Descubre sus piernas entre el vapor mientras el sonido del agua cae sobre la ducha. La desea. Un chirriar de ruedas sobre el asfalto, al que le sigue un seco ruido de chapas y cristales, le obliga a cerrar el libro y dejarlo sobre la cama. Se levanta y mira por la ventana. Ya no vuelve a ella, es tarde. Le espera el día y ya va con retraso.

Regresa a casa. Reposo la nuca. El clic del interruptor y los codos sobre los brazos del sillón. La luz ilumina las letras que de nuevo le traen a ella, también sentada, hablando con él, él (Frédéric), está celoso de él, no aguanta su soberbia, su mentira, el engaño que ella no conoce. Ella, que está pegada a esas hojas; a la que no puede agarrar del brazo y llevársela a la alcoba, separarla de él, contarle tras la puerta todo el daño que le está haciendo, besarla, desnudarla.

-Mañana nos vemos, Frédéric. Sabes que te estaré esperando.

¡Estúpida! No se dará cuenta nunca. Estúpida... Se arrepiente, no ha debido hablarle así, ella es inocente. Perdóname. Se arrepiente. Cierra las tapas, debe dormir. Aún le quedan cuarenta páginas de vida. Un mundo. Encontrará alguna manera de comunicarse con ella, de advertirla. O quizá no sea necesario, aún puede darse cuenta. Espera. Espera al día siguiente, al atardecer, a reencontrarse con su sillón y con ella. Vuela

sobre las letras, vuela... y cae en picado. El autor (ese cabrón de Fernando...) ha sido capaz, porque ha sido él, no Frédéric, al fin y al cabo Frédéric es un personaje suyo, de Fernando. Y este capullo no ha querido salvarla. Cierra el libro con rabia. Sus ojos lloran. Coloca la novela en el hueco de la estantería y mira el reloj. Aún le queda algo de tiempo antes de acostarse. Esta vez escogerá uno de humor que le recomendó el librero. Mañana tiene un día difícil en la oficina.

## **El pintor**

Estaba considerado como uno de los grandes pintores del momento, las galerías luchaban por colgar en sus paredes uno solo de sus cuadros. Dominaba todos los géneros de la pintura, bodegones, paisajes, retratos. Meses atrás su representante le insinuó que echaba en falta algo en su obra, los desnudos. Era consciente de ello, nunca lo había intentado y no se sentía a gusto ni siquiera pensándolo, pero sabía que esa sugerencia era una orden. Durante la semana siguiente pasaron por su estudio tres modelos, y siempre con el mismo final: frustración. En un par de meses nadie supo de él, se recluyó en su estudio, un boceto tras otro aumentaba su fracaso. Lo volvió a intentar de nuevo. Su insegura mano izquierda asió el pincel e intentó trazar sobre el lienzo la perfecta desnudez de la modelo recostada sobre el diván.

-¡No!, ¡no!, ¡no!

Partió el pincel en dos y lo lanzó con desesperación al suelo.

-¡Vístete!

En un instante su ira se convirtió en abatimiento. Nuevamente se dirigió a ella, que, asustada, terminaba de abotonar la camisa.

-Solo te pido una cosa, no digas a nadie que has estado aquí.

A la mañana siguiente pensó que debía darse la última oportunidad, descolgó el teléfono y en una hora estaba llamando a su puerta otra joven modelo. Le dio unas breves instrucciones y se colocó delante del vacío lienzo. Comenzó a desvestirse.

-¡No! No, por favor... Colócate en el diván como te he dicho, pero no te



quites la ropa.

El pincel comenzó a deslizarse suavemente sobre el lienzo, su pelo, sus transparentes ojos grises, el cuello, la línea de sus hombros, los redondeados senos, las curvas de su cintura, el ombligo, el suave y ensortijado pubis, sus largos y cicateros muslos, las rodillas, sus pequeños pies, el sonrosado color de su delicada piel fresca y nueva. Todo estaba ahí, sobre el lienzo, en su espléndida desnudez.

El atardecer comenzó a atravesar la ventana. Tras un interminable suspiro, se dejó caer sobre el sofá.

-Estoy cansado, mañana continuamos. Ven a la misma hora.

### **Fraude celestial**

Hace ya tiempo que aquí nadie cree en los milagros. Acababa de llegar y me llevaron a la sala donde nos reunían a los nuevos para recibir la bienvenida. Salió Miguel y nos dio una charla sobre lo que esperaban de nosotros. Cuando Gabriel tomó el relevo nos indicó que mirásemos para abajo, tras las nubes, y vimos cómo aquella mujer recobraba la visión sin justificación científica aparente. Al día siguiente pillé a los dos con Rafael, riendo y jactándose del truco que nos habían hecho mientras arrojaban unas monedas a la falsa ciega. Cuando se lo conté a todos, ni Dios creyó ya más en ellos.

### **Hoy sí**

El despertador me levantó de la cama. De un salto. Observé las sábanas durante unos instantes; los bajos aún se asían al colchón, mi abrupto movimiento no había logrado arrojarlas por completo al suelo. Todos los días disfrutaba sintiendo su roce con la tela del pijama; no más de dos o tres minutos, suficientes para desperezarme y afrontar el inicio del día.

Hoy no.

Había llegado el momento. En el armario, escondidos, me esperaban: la ropa interior, la camisa, el traje y la corbata. Después de asearme abrí las puertas del armario; del segundo cajón cogí los calzoncillos y los eché sobre la cama. Los calcetines. Me senté sobre la silla del galán de noche; el algodón negro comenzó a cubrir los dedos de los pies, después el empeine, los tobillos... Me levanté, subí despacio los calzones; percibí cada caricia sobre mis muslos. La camisa; me abroché los botones con cuidado. La corbata rodeó mi cuello hasta que su nudo quedó perfecto. Inmaculado. Los pantalones. Atrapé las faldas de la camisa y me ajusté el cinturón. Terminé de vestirme. Me coloqué la chaqueta. Los zapatos. Bajé las escaleras, abrí la puerta de entrada a la casa y ya en la calle me mezclé entre los cuerpos desnudos de la gente que, un día más, se dirigía a sus trabajos. No me dejaron llegar ni a la esquina. Una pareja de policías me arrestó.

Desde entonces aquí estoy, en este cálido calabozo, desnudo, esperando que el juez dicte la condena que él crea me corresponde por escándalo público.

## **Inhumano**

Indignante. Sí, esa es la palabra: indignante. Subí al vagón. Encontré un asiento vacío y me tiré en plancha. Un lunes a las siete de la mañana no está hecho para ir repartiendo educación. Estaban enfrente de mí. Al principio, casi apetecía oírle decir esas cosas. Un poco cursis para esas horas; empalagoso. Pero agradable. Aparté la vista de la pantalla de mi móvil y procuré que no se diese cuenta de que veía cómo le acariciaba. Sus dedos la recorrían entera. Con mimo. Seguía diciendo palabras cada vez más "tiernas". Hasta que, de pronto, su semblante cambió. La miró con odio. Y fue cuando comenzó a proferir insultos hacia ella. Me quedé inmóvil, atónito, sin saber qué hacer. Solo pude levantarme e ir hacia la puerta de salida. Al pasar a su lado miré de reojo a la pobre tableta manoseada con desprecio entre sus manos. Me pareció verla llorar.

## **Juegos**

La primera vez sentí ansiedad. No paraba de moverse el primer cajón, como si quisiera abrirse. Duró cuatro o cinco minutos. La noche siguiente ocurrió lo mismo; en cuanto lo guardé. Esperé unos instantes, y lo saqué para dejarlo encima de la mesilla. Tuve que hacerle hueco entre la lamparita, el vaso de agua y los pañuelos de papel. Se tranquilizó.

En una semana no volvió a suceder nada raro. Ayer, al quitarme las gafas, noté que se ponía nervioso; pensé que igual quería que lo metiese entre las sábanas, conmigo. Me dio lástima, pero no lo creí conveniente. Hasta que nos dormimos no dejaron de susurrarme sus tapas.

Esta noche huele a un perfume distinto, más sensual. Incluso me parece que ha dejado escapar de entre sus páginas, por un instante, el bajo de un picardías de seda de color negro.

## **Juegos de metro**

¿Estaba ahí? El convoy acaba de entrar en el oscuro túnel y, de inmediato, echo un vistazo a izquierda y derecha para comprobar que no hay nadie más. Los dos de pie, cara a cara, ambos con la espalda apoyada sobre el cristal de las puertas que se enfrentan en el vagón. Le reto, mirando fijamente a sus ojos, sin pestañear, y él me responde de igual manera. No logra incomodarme, sé que no resistirá mucho, solo hasta que lleguemos a la próxima estación y él se desvanezca entre la blanca cerámica de la pared.

## **La oficina**

Nada más acabar de firmar el contrato me entregaron cinco cuchillos, cada uno de un color: rojo, verde, amarillo, azul y negro. Los guardé en el segundo cajón de la derecha de la mesa. Éramos cinco en el despacho: María, Pedro, Jose María, Asunción y yo. Todos llevaban años en la

empresa, salvo Pedro, que hacía un par de meses en ella precisamente ese día. Pedro me enseñó su primer cuchillo clavado en la espalda: Fue María, la semana pasada, al entrar en la oficina, a las ocho. La verdad es que apenas si me enteré. Luego me comentó Asunción que María era una profesional, que había tenido una suerte tremenda con mi primera cuchillada. Parece ser que a algunos, la primera vez, si les toca algún compañero inexperto, les hacen una escabechina. Mira, mira qué bien trabaja.

En efecto, el cuchillo apenas rasgaba la camisa sobre la que no se adivinaba una mínima mancha de sangre. Era de color granate. María, a punto de jubilarse, ya solo guardaba un cuchillo en sus cajones, y por lo que pude ver el día que nos lo enseñó, a Pedro y a mí, era de un insultante color dorado, digno de un alto ejecutivo. Al parecer se lo cambiaron por uno gris al cumplir los cincuenta años en la empresa. Desde que lo vimos, Pedro y yo apenas si nos dirigimos la palabra y siempre andamos rondando su mesa. Solo espero ser yo el agraciado en recibir su última puñalada.

## **La brisa**

La mirilla reflejaba a aquel hombre en el que creí adivinar una muleta en la mano izquierda. Quizá por eso le abrí la puerta, por ver qué era el artilugio que portaba en su mano. Curiosidad. No me pareció un personaje sospechoso, ni siquiera una vez que lo dejé pasar al recibidor. Descubrí que el aparato era uno de esos que pasean los "encuentra tesoros" por la arena de la playa al final de la tarde para recolectar todo tipo de metales y, de vez en cuando, alguna pequeña joya en forma de moneda o de colgante. Pero el mar distaba cuatrocientos kilómetros de mi casa.

Los dos primeros días vino un par de horas por la mañana y rastreó las habitaciones. Sí, porque le dejé pasar, no le puse ningún obstáculo. Llevaba unos años de casa en casa. En la mayoría de ellas nunca encontró nada, pero en alguna sí que obtuvo recompensa. ¿Cuál? No lo sé, no se lo pregunté ni él hizo ademán de contármelo. No me dio mayores explicaciones. El tercer día me preguntó si podría quedarse a dormir esa noche en la habitación del fondo del pasillo. Le dije que sí, claro. La habitación de ella. Me resultó extraño escuchar una respiración allí esa noche; hacía tanto tiempo. No pude dormir, pendiente el oído de cualquier ruido que viniese de allí. Llegaban los golpes callados del aluminio contra la madera, contra la pared, contra el suelo. Debí de dormir aunque fuese unos minutos porque cuando golpeó con los nudillos la puerta de mi

alcoba me sobresalté. La abrió y me dirigió un adiós que me sonó a esperado. No me levanté en ese instante, esperé a oír el golpe de la puerta de entrada. Después me dirigí a la ventana abierta para verle cruzar la calle. Parecía satisfecho, como si hubiese acertado al elegir mi casa.

En la alcoba de ella nada indicaba que alguien hubiese pasado la noche. Cerré su puerta y volví a la cama. Me adormecí mientras sentía la brisa cargada de sal húmeda que entraba por la ventana.

### **La madre de Elisa**

Hay días que te esperan agazapados tras la puerta del último sueño y que la única misión que deben cumplir es burlarse de ti. Están programados para romper en añicos contra el suelo el vaso con el que acabas de enjuagarte los dientes, para quemarte la punta de la lengua con la leche que calentaste en exceso en el microondas, para hacer desaparecer la corbata que hoy tenías que ponerte, la que te regaló la madre de Elisa. Sí, hoy que vas a comer con ellas para intentar unir lo que ya es imposible aunque vuelvas a desenroscar el tapón del tubo de pegamento con rutinaria ilusión. Porque la madre de Elisa hace mucho tiempo que juega en el equipo contrario, quizá desde que te regaló esa corbata de color amarillo con dibujos que aún no sabes qué significan y recibió tu reproche en forma de beso. El día ha decidido por ti, lo piensas, sabe que no quieres vivir con Elisa, lo sabe. Tú ya no crees que se burle de ti. Le sientes tu aliado. ¡Para qué vas a ir a esa comida! No te importa que por fin aparezca la corbata debajo de los calcetines de deportes del tercer cajón del armario. Fue él, jamás la habrías metido ahí. Él te dice que aunque te hubiese gustado esa corbata y la madre de Elisa y tú os cayeseis muy bien no es tu chica, no es la que quieres para compartir el cojín que usas para dormir después de comer mientras oyes a los vecinos hablar en la pared de detrás del televisor. No. Das las gracias a la madre de Elisa por odiarte, por regalarte esas corbatas, por no permitir que Elisa y tú viváis juntos, porque Elisa no hace nada que la madre de Elisa no quiera que haga. Le das las gracias a él también por abrirte los ojos, por estar día tras día agazapado, hasta hoy, hasta que hoy te lo ha dicho a la cara, ha roto el vaso, ha quemado la punta de tu lengua. Te colocas la corbata y vas hacia el teléfono. Marcas sus números. Contesta Elisa. Y se lo dices, le dices que encontraste la corbata, que sigues sin saber, y no te importa, qué demonios son esos dibujos, le dices que no vas a comer con ellas, le dices que el día no se burlaba de ti. Y cuelgas. Y

te vuelves a la cama. Y ves que el día se acuesta junto a ti. Os dormís.

### **La otra patria**

Fijó su mirada en las amarillentas yemas de los dedos que sujetaban la penúltima cerilla. La encendió. El humo del cigarro ascendió hasta difuminarse entre el azul del cielo. Pensó en otro azul, casi verde, que le había traído hasta aquí hace tiempo, hasta su barrio. Hasta la ciudad de otra patria que le iba a salvar. Volvió a revolverse, empapado de agua y sangre, entre los cuerpos que casi hundían la barcaza. Heridos. Muertos.

Volvió sobre la acera. Seguían paseando. ¡Perdón! No sintió nada. ¡Me permite! No oyó nada. Entre el banco de madera y la luna del otro banco, el del horror, terminó su último cigarro. Hasta el filtro. Arrugó el paquete vacío y lo tiró al suelo. Ayer mismo había reprendido a su hijo pequeño por arrojar un papel sobre la acera. Agarró el cuello de la botella y la levantó sobre su cabeza. Pensó en ellos, en su casa, en ella, en la citación del juzgado. Ayer mismo.

Derramó la gasolina sobre su pelo. Notó el líquido caer por sus hombros, empapar la camisa. Sintió frío. Aspiró su fuerte olor. Encendió la última cerilla y el helado miedo se apoderó de él. Y todo se hizo fuego.

La noticia corrió por internet. Al día siguiente, los periódicos la hicieron hueco. Luego, desaparecieron, él, los periódicos, internet. Mientras, la otra patria que le iba a salvar siguió su camino, impasible.

### **La piel**

Me sobresalté, las sábanas parecían recién sacadas de la lavadora, jamás había notado una sensación tan grande de pánico. En el sueño aparecías tú, eras tú, y estabas empleando todas tus fuerzas contra mí, "sucio negro, cabrón, te voy a matar". Tu piel blanca, tan pálido, me irritaba las pupilas, tan cerca, con tanto odio. Antes de que llegase a contactar con mi ombligo la punta de la navaja que apretabas con fuerza en tu mano derecha, me desperté. Comprobé, con gran alivio, que mi piel lucía su

tono amarillento de siempre, mi delicada piel asiática me hizo entender que todo había sido una pesadilla. No tardé mucho en volver a conciliar el sueño, pero, sin darme tiempo a caer en un sopor profundo, volví a verte, tan cerca, con tanto odio, "sucio chino, cabrón, te voy a matar". Esta vez lo que me despertó no fueron las sábanas, ni el sudor que empapaba mi cuerpo, fue el inmenso dolor que sentí en el ombligo, como si un cuchillo lo hubiese atravesado. Me levanté de un salto, aparecí enfrente del espejo del baño, miré mi ombligo y estaba intacto, sin un rasguño, y me vi, te vi, en el cristal, con esa piel tan blanca, tan pálido.

## **La palabra**

Tampoco le di mayor importancia. Al fin y al cabo, era normal. La había usado tantas veces, pensé, que es lógico que en algún momento no puedas decirla, no te acuerdes de ella. Aunque no puedo negar que, tiempo después, algo preocupado sí que me quedé. Cuando comencé a no poder recordar cómo debía vocalizarla si me la encontraba impresa. Siguió ocurriendo día tras día. No importaba el momento, ni el lugar; o la compañía. Incluso a solas, no me sentía capaz. Por eso fue por lo que consideré la posibilidad de inventarme una cada vez que me topase con ella. La primera vez no lo logré. Ni la segunda: solo pude balbucir algo incomprensible, incluso para mí. Quizá no debía de inquietarme tanto por la situación; extraña, sí, pero que me permitía continuar con mi vida normal. Nunca tuve ningún problema. Cuando llegaba a ella, la omitía, y seguía la conversación sin mayor inconveniente.

Aquel día no podía fallar. La sala de convenciones del hotel estaba repleta. Era un discurso muy importante para mi futuro y el de mi empresa. Solo tenía que leerlo. Sencillo. Todas delante de mí, sobre el atril; me esperaban entre los márgenes de aquellos folios escritos. Incluso ella. Ya tendría tiempo de inventarla en otro momento. Leería despacio, muy despacio; sereno. Pronunciaría cada letra, cada diptongo. Pausaría con suavidad sobre las comas y aguardaría un instante tras el punto y coma. Todo transcurría a su ritmo; perfecto. Los puntos y seguido me relajaban las cuerdas vocales; las mismas que, en los puntos y aparte, refrescaba con un pequeño sorbo de agua. Hasta que la tuve delante de mí. Era tan sencillo como pegar un salto. No lo notarían una vez más. No pude. Un segundo. Dos. Sus miradas, por encima de los immaculados nudos de corbata, me acechaban. Enfrente, clavadas en mí. Tres segundos. El edificio parecía a punto de derrumbarse. La inventé. Salió de mi garganta como entonada por un divo de la ópera. No coincidía ninguna de sus letras con las de la otra. Emergió por sí sola, sin pedirme permiso, sin saber

siquiera lo que estaba diciendo. Pero la entendieron. Y yo. Los aplausos atronaron la estancia nada más acabar el discurso. Me vi rodeado de abrazos. El director, el gerente, los compañeros; todos se lanzaron hacia mí para arroparme con sus parabienes. Hasta un huésped alojado en el hotel me felicitó, emocionado; la había escuchado desde fuera y entró para ver cómo terminaba el acto. En el hotel, grabaron una placa con ella y la situaron sobre el mostrador de la recepción. Las letras, cinceladas en oro.

Y ahora, espero. Los académicos me comunicaron que en una semana sería incluida en el Diccionario. En sustitución de la otra. Creo que no me acuerdo de ninguna de las dos.

### **La tercera cita**

Era la primera cita. Estaba nervioso. Quedamos sobre la acera, justo debajo de las ventanas del salón, a la hora en que la sombra se adueña de ella. Me asomé y vi cómo el sol abandonaba las baldosas, tres pisos más abajo. No pude, el vértigo se apoderó de mí. Quizá otro día, pensé.

La segunda, un tiempo después, fue en la bañera. El olor de las sales humedecido por la tibieza del agua me llamaba. Me sumergí hasta el cuello, saqué los brazos y, con la mano derecha, agarré con decisión la cuchilla que unos minutos antes había dejado sobre la banqueta. Una mínima gota de sangre resbaló por mi muñeca izquierda y tiñó la espuma. Nunca lo he soportado. El mareo me hizo desistir de nuevo.

Hoy, la espero. En una hora. Coloqué el bote lleno de pastillas sobre la mesa de la cocina, al lado de un vaso con agua fría.

### **Las judías verdes**

Las judías verdes no le gustaban. ¿A qué niño le gustan las judías verdes? Como la sopa. Siempre recordaba, delante de un plato de agua sucia con hilitos blancos y que quemaba mucho la lengua, a esa niña tan redicha que veía en los dibujos para mayores, en esos que su madre cogía de vez



en cuando de debajo de la mesa pequeña del salón y miraba y se reía. ¿Mafalda se llamaba? ¡Qué nombre más raro para una niña! Siguió masticando y se imaginó que el más dulce y sabroso de los caramelos había llegado a su boca. Un caramelo de esos que saboreaba cuando iba al médico de los dientes. Cuando iba al médico de los dientes para su hermano pequeño porque, si no, no podía comerlos, claro. Se fijó en el rico filete empanado que traía la "profe" para él. Con su olor masticó y tragó los dos pequeños trozos de judías que quedaban sobre su plato. Agarró el cuchillo y el tenedor y cortó un pequeño pedazo que se llevó a la boca. ¡Qué bueno! Partió otro y lo saboreó. Miró a un lado y a otro del comedor, sacó de la mochila el papel fuerte que había recortado su madre por la mañana en la cocina y, con cuidado, envolvió el filete y lo guardó. Seguro que Pedrín me da un poco esta noche, pensó.

## **Las noticias de la tele**

Julio se encontraba muy cansado, el día había sido bastante duro en el trabajo. Los ojos le hervían. Decidió tumbarse en el sofá del salón un rato. Se quedó dormido. Despertó y miró el reloj. Dos horas. No había estado nada mal la siesta. Pensó que, antes de levantarse, le vendría bien ver unos minutos la televisión. El mando lo tenía sobre la mesa baja. Alargó el brazo y encendió el televisor. Los títulos del Telediario dieron paso a los presentadores. No podía creerlo. ¿Aún seguía soñando? Abrió y cerró los ojos varias veces. Pero, ahí estaban, hablando de las noticias de la jornada. El 1 llevaba una corbata de color claro con dibujitos que también parecían números. Explicaba lo que había sucedido hoy con la prima de riesgo. A su lado, el 2, rodeado su cuello de cisne por un collar de perlas, asentía y, de vez en cuando, apoyaba con un comentario la exposición de su compañero. No pudo incorporarse del sofá, ni dejar de prestar atención a las noticias. Euro, crisis, paro juvenil, Alemania, desahucios, Europa. Más números volvieron a salir por la pantalla. Otros presentadores, los corresponsales, las personas anónimas de los reportajes. Todos eran números. El 1, el 2, el 3, el 4. Hasta el 9. Se fijó en la vestimenta, los pares llevaban ropas femeninas y los impares, masculinas. Se incorporó, atolondrado. Dio un par de vueltas por la casa y volvió al salón. Los números continuaban hablando en la tele. Se dirigió al ventanal y levantó las persianas para mirar hacia el exterior, hacia la calle. Las farolas le dejaron ver las escasas figuras que paseaban por la acera. El 3 y el 4, cogidos de la mano, iban calle arriba. Un 8 pequeño les precedía y no dejaba de saltar. Bajó la persiana, echó las cortinas y apagó la televisión. Miró sus manos, sus piernas, su cuerpo. Fue al espejo del baño y contempló su rostro, su piel. Era él, se reconocía. Corrió hacia el

dormitorio y puso la radio. Las fusiones bancarias, los desahuciados, los países emergentes. Al buscar su mano el transistor sobre la mesilla, tropezó con la foto de su graduación que descansaba sobre ella; cayó al suelo. Se agachó y, al recogerla, vio, con pavor, un joven 5 con birrete y toga que sonreía.

### **Llamadas**

Tus ojos me llamaron entre la penumbra y los voltios de la sala. Bailamos hasta que el garito cerró. Nos fuimos caminando hacia mi apartamento sin cruzar una sola palabra, enlazados el uno con el otro. El cálido sol de mediodía comenzó a traspasar el ventanal y cayó sobre mí. Aparté con sigilo tu brazo enrollado sobre mi pecho y me levanté. Descolgué el teléfono. Mis inseguros dedos lograron que su voz sonara en el auricular ¿Sí? Perdóname, sólo llamo para decirte que ya no te quiero.

### **Microcuento**

El autor modula su voz ante el auditorio repleto de gente ávida por escuchar sus historias, cuando un cortocircuito enmudece el micrófono.

### **En la alcoba**

Sé que no eres nube,

que eres cocodrilo que flota sobre un cauce azul.

Sé que no eres cielo,

que eres color del cristal de la ventana.

Sé que no quemas como el sol,

que solo iluminas el roble.

Porque si fueses nube o

cielo o

el sol

no estarías aquí,

no serías papel.

### **Desde el asiento 6V parado en la estación**

Toda la vida pasó ante mis ojos en los tres segundos que tardó en recorrer la ventanilla del tren. De izquierda a derecha. La primera vez y la última. Nunca vi su cara.

### **No un día más**

Fue poner un pie en la acera y encontrar su abrazo, no me dejaron ni salir del portal. Cuando se separaron de mí y me invitaron a continuar, pude distinguirlos perfectamente: buenos y días. Nunca me había ocurrido. No puedo negar que me sorprendió, aunque ahora sé que me pareció lo más normal del mundo que ocurriese algo así, incluso tuve la sensación de que era algo que esperaba hace mucho tiempo. Seguí mi camino hacia el coche que estaba aparcado unos metros más allá y, mucho antes de llegar, me pareció distinguir a otras dos palabras que, apoyadas en él, me esperaban. En efecto, ve y andando, cortésmente, me indicaron que el semáforo estaba a punto de abrirse para mí. Hice caso sin dudar y paseé por las calles de la ciudad que acababa de rendirse a otro nuevo caos. Vive, piensa, escucha, sobrevolaban los edificios a mi paso. ¿Solo yo podía

verlas? Eso me pareció o, quizá, los demás no estaban para esas pérdidas de tiempo. Todos parecían llegar tarde a su destino. Ni una mirada se cruzaba con la mía. Perdidas.

Pasaría el siguiente chaflán y, nada más dar la vuelta, llegaría al portal de la empresa. No puede traspasarlo, allí me esperaban parque, hoy, al, vete, banco y del. Cuando me encontré con ellas estaban desordenadas, en cuanto me vieron se colocaron en orden y pude leerlas: hoy vete al banco del parque. Obedecí y en dos minutos me encontré allí sentado, contemplando a vive, piensa y escucha que daban vueltas sobre los árboles. Y una palabra más que no pude distinguir hasta que bajó para sentarse a mi lado. No me dijo nada, solo se agarró a mi brazo y se puso a imitar mis movimientos. La dejé, no me molestó en absoluto; siempre me gustó ese verbo: soñar.

## **Gravedad**

Rodó, rodó y rodó

acantilado

abajo.

Hasta que llegó al mar. Siguió

buscando, ahora, la profundidad de las aguas. Paró entre dos corales.

En ningún momento pasó miedo. Las piedras nunca tienen miedo.

## **Nací en alemán**

Nací en alemán. En el año 1915 mi padre me dio a la luz. Nunca he echado en falta una madre, porque la vida me ha dado muchas adoptivas. Nada más nacer comprendí que iba a ser inmortal y creo recordar que fue

una sensación muy agradable, aunque siempre he notado que la gente se ha apiadado de mí porque piensa que soy infeliz y, sin embargo, es curioso, estoy seguro de que la mayoría de los que me conocéis desearía cambiarse por mí. Pero siento decir que nunca podrá ser así: no cambiaría mi vida por la de ninguno de vosotros.

¡Ah!, perdonad que no me haya presentado antes, me llamo Gregor Samsa.

## **Papá**

Después de comer, sentado en su orejero, cerraba los ojos y se moría. Mamá me decía que no, que cómo podía decir esas cosas, que papá se quedaba dormido. Pero yo siempre supe que se moría. Cuando dejaba de morirse le daba un beso, él me sonreía y me guiñaba un ojo.

La noche que papá no dejó de morirse, mamá lloraba. Me llevó a la cama y no pude darle el beso. Entonces supe que se había dormido.

## **Pereza**

Enamorarse le daba mucha pereza. Más de cincuenta años sin nadie a su lado le habían convertido en el perfecto soltero. Una cama de metro y medio para él solo, una casa pequeña y el club del final de la calle, para buscar sexo si lo necesitaba, le reportaban toda la felicidad que él deseaba. Compartir era un verbo que sabía que existía pero que, conscientemente, había eliminado del diccionario de su vida. No le faltaron oportunidades, incluso ahora, a su edad, no era extraño que le mirase alguna de las mujeres que se cruzaban con él. Su estatura y su cuidada vestimenta conjuntaban con una cara bastante agraciada y que no dejaba pistas sobre los años que la curtían. Era simpático, hablador y educado. Pero le daba pereza. Cuando sus amigos le relataban, frente a una cerveza, las noches de espera junto a su pareja (en el interior de un silencio de mentira) de los hijos adolescentes, le recorría una satisfacción o, en ocasiones, el pánico de haber cedido a alguna de las tentaciones que tuvo a lo largo de su vida. Porque las hubo. Como aquella chica que a sus

veinte años le produjo un desasosiego que nunca había sentido; por fortuna se cruzó un chico menos alto pero más incauto que él (así lo pensaba) y apartó la tentación a tiempo. Qué pereza una boda o, simplemente, el convite con los padres, los suegros y los hermanos por irse a vivir junto a ella. Y las comidas de los sábados en casa de los suegros y de los domingos en casa de los padres. Su cama de metro y medio, definitivamente, era suya y solo suya. Bajaría al club a tomarse una copa, la necesitaba. Esa chica... no la había visto nunca... ¿Te apetece una copa? Nunca supo si le apetecía esa copa o no, si ella acababa de llegar al negocio o si, por casualidad, se perdió esa noche en aquel tugurio. Le dio pereza preguntárselo. También le dio pereza decirle que él nunca compartiría su casa y su vida con nadie.

### **R.I.P.**

La mañana que se conocieron él se levantó junto al odio que le acompañaba en algunas ocasiones y ni la ducha lograba llevárselo por el sumidero. Ella también sintió ese odio después del café, con el último sorbo amargo. Cada uno salió de su casa como un día más, sin que el destino tuviese la obligación de unirlos, pero la persistencia de la lluvia les obligó a guarecerse en aquella cafetería. Él entró unos instantes antes, aunque pidieron a la vez: a partir de ese momento comprendieron que no estaban hechos el uno para el otro. Por eso les casó dos meses después un juez sordo y mal encarado en un juzgado con goteras y en un día sombrío de invierno. No quisieron tener hijos, pero diez años más tarde cuatro niños chillones y mal educados rodeaban la mesa del comedor. Cuando llegaron los nietos (siempre dijeron que no cuidarían a ninguno) pasaron más tiempo con ellos de lo que lo habían hecho con sus hijos. Luego, llegó la hora de la residencia: no tuvieron otro remedio que vivir en la misma habitación, era mucho más barato. Murieron el mismo día y a la misma hora. Hoy él ocupa un nicho en el cementerio de su pueblo, en Galicia, y ella está enterrada en la sepultura familiar, en un pueblo de Almería. Por fin descansan en paz.

## **Secuelas navideñas**

Hace un momento noté algo extraño en sus redondeadas figuras. Vida. Cierro la puerta, con dos vueltas de llave, y echo la cadena. Con rapidez me dirijo de nuevo a la ventana. A través de los cristales veo cómo dos muñecos de nieve sacan a rastras de su tienda al panadero y lo introducen en el camión. Del portal de mi casa salen otros dos con el vecino del tercero y lo introducen en el mismo vehículo. Una blanca pareja vigila, nerviosa, arriba y abajo la calle. Unas semanas atrás, cuando comenzaron la Navidad y las nevadas, los niños empezaron a construir muñecos y la calle se llenó de ellos. Me extrañaba que durasen tanto con el frío que hace. Pongo la televisión y, por fortuna, las noticias dicen que mañana viene un potente anticiclón. Espero que no sea demasiado tarde para mí.

## **Soy así de raro**

Ayer tuve un día "raro". Uno más. Últimamente me sobran... Me dio por pensar en la moneda única. Y en la prima de riesgo. Sí. Qué original estuve...

La única moneda que manejaba en mis pensamientos era la de los besos: ¿Me da un kilo de patatas? ¿Cuánto es? ¿Tres besos? No ha subido mucho... Bueno, se lo pago, aunque casi preferiría esperar a mañana. Esto se lo dije por ver si la inflación iba (perdón, iba, en que estaré yo pensando) para arriba... Me daba lo mismo que fuese chico o chica el vendedor, mis besos eran castos, en la boca, pero castos.

La prima de riesgo eran los abrazos. Si pasaba de 500 se daban menos abrazos. Se usaba para las operaciones de más enjundia: las hipotecas, las exportaciones, las transacciones a partir de una cierta cantidad de besos. No lo entendía muy bien, pero era lo que habían decidido en la última reunión del Banco Central Europeo. Los alemanes, por supuesto...

-¡Julio! Ya va siendo hora...

-Sí, ya apago la luz.

¡Qué pesada! Si no molesto a nadie... Sigo contándoos. Me diréis: ¿y el ibex? La sonrisa. Estaba a un nivel muy alto, casi al de carcajada. Y la macroeconomía era el sexo. Pero de esto os hablo otro día, que tengo que

apagar la luz si no quiero llevarme una bronca...

Ya solo os contaré que, después de tanto darle al "coco", necesitaba aire fresco. Salí al jardín, la noche me llamaba desde aquel banco. Atravesé por el camino de la derecha, el que siempre uso a esas horas, y me senté. Busqué la luna llena por encima de los tejados, sabía que estaba ahí arriba. Sobre el letrero. Clínica de salud mental. Me gusta más el nombre que le daban antes, Manicomio. Soy así de raro.

## **Significados**

Era el último significado. Empezaron por democracia. Lo borraron de todos los diccionarios sin que nos diésemos cuenta, solo nos enteramos cuando comenzamos a no entendernos. Las palabras seguían ahí, sobre las páginas, las paredes o las pantallas, pero ya no nos servían para comunicarnos. Corrupción, alegría, hambre, honesto..., fueron las siguientes que se quedaron vacías; así hasta que llegaron a miedo: no quisieron eliminarlo. Nos habíamos recluso en nuestras casas. Ellos no, ellos pretendían adueñarse de las calles y de nosotros. Yo, antes de que desapareciese la definición de pensar, me escondí en este sótano con un viejo y enorme tomo que heredé de mi padre. Ya voy por más de la mitad. Han revivido muchas palabras. La próxima es educar. Después va combatir.

## **Viaje**

Bajé. Lo necesitaba. Tanto tiempo ahí arriba comenzaba a distanciarme de ellos, cada vez los notaba más y más indiferentes hacia mí; además, siempre pensé en hacerlo alguna noche. Qué mejor momento que ese: las Fiestas. Deseaba sentir la presión de la cerveza sobre el vaso al salir del grifo, antes de desbordarse la espuma. Por eso fui allí, detrás de la barra. Boni se sorprendió al verme a su lado y dio un paso atrás, tropezó y cayó sobre el empedrado de la plaza. La orquesta paró de tocar al ver que todos dejaban de bailar y volvían la cabeza hacia aquella luz que casi les cegaba. Hortensia y Rufino fueron a resguardarse, asustados, bajo los soportales del edificio del Ayuntamiento. Yo seguí tirando cerveza, sabía



que lo comprenderían enseguida y que todo recobraría la normalidad. Al fin y al cabo era una noche en la que podía suceder cualquier cosa. Así fue. Regresó el baile, Hortensia y Rufino de nuevo comenzaron a dar vueltas al compás del pasodoble y Boni me ayudó con la bebida para calmar la sed de las personas que habían vuelto a arremolinarse a nuestro alrededor.

Estuve un par de horas con ellos, hasta que yo también noté mi falta. Le hice un guiño a Boni y, con rapidez, retorné a mi lugar. Los lobos comenzaron a aullar y vi cómo en la plaza del pueblo todos me miraban de reojo, satisfechos. Suspiré.

Para Ana.

...

Vivió en el soy y fue feliz, muy feliz. El seré, paso por él con dudas. Más tarde, el sería le hizo infeliz. Y hoy, al llegar el fui, no dudó en acompañarle.

## **II**

Ha vuelto a hacerlo de nuevo. Después de varias páginas escritas, paró. Creo que me está desafiando. No muestra ningún síntoma que pueda delatarlo. He llegado a pensar, mientras rellenaba las páginas, en pedir cita con el médico. Pero a cuál voy... al de medicina general, al traumatólogo, al siquiatra... Doctor, mi dedo índice de la mano izquierda hace lo que quiere, no obedece mis órdenes. Es posible que el siquiatra sea el único que me preste atención y no me diga váyase usted a la mierda, me está haciendo perder el tiempo, pero también es posible que esa atención prestada no sea por lo de mi dedo sino por mi cabeza. Más tarde me pondré a leer lo que ha escrito mi dedo, no me he enterado de nada. Empiezo a preocuparme. Apagaré de nuevo el ordenador y dejaré pasar el día, sin más. No te voy a dar un segundo más de protagonismo,

puedes hacer lo que quieras, meterte en mi nariz, señalar al techo, convencer a la mano que te lleva para que coja antes que la derecha la cuchara de la sopa. Haz lo que quieras.

Voy a leer un par de horas. Tengo ese tiempo antes de prepararme la cena. Vale, cógelo tú, ya te he dicho que me da igual, y pasa tú las hojas, insiste. Leer no puedes. Creo.

### **Desde pequeña**

Siempre fue muy inteligente. A los menos siete meses, sabía leer y escribir. A los menos cinco, se matriculó en el colegio. A los menos dos, comenzó el bachillerato. La selectividad le costó un poco más porque los exámenes casi coincidieron con el parto. Hoy, Ana defiende la tesis doctoral. Estamos todos muy nerviosos. Incluso ella: se le acaba de caer el chupete. Espero que no se ponga a llorar.

### **El prestidigitador de palabras**

No recuerdo la primera frase que me regaló. En la universidad, si teníamos una cita a la vista, le buscábamos y nos solucionaba la papeleta; él no nos pedía nada a cambio, simplemente disfrutaba con nuestra cara de sorpresa y nuestra egoísta satisfacción. Acabé la carrera y no le volví a ver hasta la otra noche, en la feria. Reconocí su cara en la figura de cartón que sostenía con su mano una enorme chistera. Sobre la puerta de la carpa un rótulo me decía: EL PRESTIDIGITADOR DE PALABRAS.

Compré una entrada y me acomodé en la tercera fila. A la vez que las luces se apagaban, comenzaron a redoblar los tambores. De su sombrero de copa sacó una ce, después una a, una be, una i griega, una ele y, por último, una u. Jugó con ellas un instante y me las envió entretejiendo esbozos con el aire. Me reconoció, estoy seguro. Terminó el espectáculo y volví a mezclarme entre la gente y las casetas. Aquella chica tenía una mirada... Usé la palabra con ella y pasamos toda la noche juntos. Guardé

las letras en mi cartera.

Esta tarde he quedado con Alicia; siempre me dio calabazas. Hasta hoy.

### **Nunca le gustaron las arrugas**

Estaba ahí, al otro lado, adherida a la puerta como un susurro a los labios. Lo sabía. Con la mano pegada al pomo, con la muñeca deseosa de quebrarse en un giro brusco. La sentía. El vaho de su aliento se colaba por las rendijas y le rodeaba hasta casi asfixiarle. Su pasado no le permitía abrir, sus fracasos, sus miradas convertidas en odio, su amor pisoteado sobre las baldosas de la cocina. Ya no necesitaba a nadie que compartiese una vida que se había acostumbrado a levantarse en silencio, sin buenos días ajenos. Un par de minutos más y la maldita equivocación desaparecería para siempre, porque era la última